

A ras de la dicha

Ensayo de novela

Agosto 18.—A bordo del “Hirondelle”.

—No sé lo que en mí pasaría el 15 por la mañana, si sería el lúgubre aspecto del castillo, que un tiempo inclemente, lluvioso, hacía parecer a una inmensa mole en ruínas, o tal vez el sombrío y adusto continente de Cap. Manuel, a quien noté más preocupado que de costumbre; pero todo influyó en mi ánimo en ese amanecer misterioso, que hízome presentir la triste escena que se produciría dos horas más tarde.

Ahora, hálleme a bordo de mi viejo velero, no ya como un encantado excursionista, a quien cada ráfaga de aire prepara una agradable sorpresa, sino como una parte vital de la nave, como tripulante.

Mi ánimo, tan maltratado, casi no quisiera renovar aquí tan amargos recuerdos de estos tres días transeurridos. No olvidaré más las tristes palabras que mi madre dirigiera al fiel Cap. Manuel:—Cap., recomiéndole a este endiablado muchacho, y haga usted de manera que a la vuelta de su viaje, me lo devuelva cambiado completamente; este castillo que hiciera levantar su buen padre, está convulsionado por sus maldades, y sus diabluras son conocidas por todo Granville.

¡¡Oh Granville!! Presiento que no te veré más.

Momentos antes de dejar tus costas, el bote que había de conducirnos a bordo del “Hirondelle”, parecía no querer apartarse de tu lado. El flujo de las verdes y enrespadas olas, podía más que la brisa terrestre que arrastrando las hojas de los amarillos árboles de las mesetas, las llevaba al mar, el cual las devolvía, depositándolas en la orilla con un rugido inacabable. Un viejo pescador, de los muchos que comentaban nuestra salida con ojos de tristeza, mientras empujaba la embarca-

ción que los remos eran incapaces de alejar, me susurró al oído algo que me dió miedo: “Muy mal día, señorito, ha elegido usted para su viaje. En una mañana como esta, salía, hace más o menos 17 años, el señor de Bellerme, en este mismo velero que conocíamos con el nombre de “Amphitrite”, y toda la rabia del mar, allá lejos, azotó su cubierta sepultando a su padre en los azulados abismos; desde entonces, la señora de Bellerme cambió el nombre de la embarcación.”

Han pasado tres días desde nuestra partida, y ya siento la nostalgia de ese vaivén tumultuoso y esa carrera de las olas que se encumbran unas sobre otras yendo a acabar en un formidable choque contra las rocas de la costa. ¡Qué lenguaje el del mar!

Los sucesos de ese día, hicieronme aborrecer mi estación favorita. ¡Oh esos otoños deliciosos, en que la naturaleza hace su último esfuerzo para resistir al empuje del invierno: esos días amarillentos, soñadores, que eran los elegidos por nosotros, por mi Jereuy, por Julio Dusart y por mí, para pasearnos por senderos tapizados de pálida hojarasca, que crujía bajo los cascos de nuestros corceles, yo jinete en *Dieu*, el caballo más brioso de los cinco departamentos de la Normandía!

Recuerdo estas cosas como si un siglo me separara de ellas. ¿Qué harán las páginas de mi pobre diario, allá, rotas y esparcidas por las impías manos de la vieja María, en el suelo de mi habitación que ella cerró con doble vuelta de llave? Si ese escrito estuviera conmigo en estos momentos, serviría de gran paliativo a mi atribulado corazón. En estos tres días que llevamos de viaje con rumbo por mí desconocido, no he hecho más que llorar y la corta tripulación me observa con lástima.

Agosto 21.—¿Qué habré hecho, madre mía, para que así me trataras? No sé si sabré juzgarme: pero por lo que a mí me parece, no soy tan malo y tan endiablado como has dicho al Cap. Manuel pocos días hace.

¿Porqué, madre mía, no has salido a darme el adiós desde la torre blanca, cuando el “Hirondelle”, hinchadas sus velas, se alejaba, saltando sobre las olas como un cabrito contento de vivir? He observado largo rato la torre y nada he visto. Yo he agitado mis brazos como si allí estuvieras. Después, la os-

curidad me veló (para siempre, presiento y perdóname este pesimismo) la bella costa normanda.

Agosto 24.—Yo veo en todo esto un manejo escondido del señor de Pont-Audemer y de la buena María, que él ha recomendado a mamá, como excelente ama de llaves.

Agosto 25.—El primer recuerdo de todas mis auroras, es para tí, madre mía. Nos levantamos muy temprano, y aunque el Cap. Manuel me lo prohiba, ayudo a los marinos en sus quehaceres, porque esta vida me agradaría, si tan lejos de tí no estuviera.

Esta mañana el viento arreciaba, y el pobre José, un muchacho de 19 años, se negaba a desprender un enganche del árbol mayor, que el cap. le mandaba sacar; José temía que el fuerte balanceo de la nave, diera con él en pleno mar. Cuando el cap. Manuel se hubo descuidado, he subido y he deshecho el enganche, aferrándome bien a los gruesos cabos. Una vez que descendí, el muchacho me abrazó agradecido, y cuando sin poderlo yo evitar, vió dos raspaduras que las cuerdas habían producido en mis manos durante mi rápido descenso, púsose a sollozar. Cap. Manuel que lo advirtió en ese estado, se dirigió a él, y antes que lo interrogara, manifestéle que al efectuar la maniobra que él encomendara, habíase golpeado contra un torlillo saliente. Tiene un corazón de oro ese José.

Hoy cierro mi diario, algo más contento que los días anteriores; antes de entregarme al sueño, no olvidaré una plegaria para tu salud, madre mía.

Agosto 30.—Buenos días, madre mía; hoy escribo este diario del día de ayer, que no pudo hacer anoche, por haber yo ayudado a los marinos a remendar unas velas que tendremos que usar al llegar a otras latitudes.

Ayer, nuestro "Amphitrite", así quiero yo llamarlo ahora, quedó tan vistoso como nunca me parece haberlo visto.

Aprovechando una bonanza del mar, bonanza que no nos permitía avanzar una cuarta, pintamos el casco por su parte exte-

rior. A escondidas, pude tomar parte en la operación, y coloquéme bajo popa donde no podía ser visto por el capitán. Lo primero que hice, fué borrar la escritura "Hirondelle", para poner en su lugar "Amphitrite", que me agrada más. Al terminar esta operación, se asomó el capitán Manuel por la bandada, y cuando pudo verme, inerepó mi proceder en forma algo brusca; y diciendo que esos no eran trabajos que fueran dignos de mí, desapareció rezongando. Yo entonces, tomé con rabia el pincel con que acababa de trabajar, y dirigiéndolo hacia mí, dí un pincelazo a las iniciales y atributos bordados en mi camiseta. Más tarde quedé aún más disgustado, por que habían cambiado de nuevo el nombre del velero, invocando la necesidad de que conservase aquél con que figuraba en la matrícula. Yo me vengué restaurándolo en mi salvavidas.

Septiembre 16.—El día 9 tuve ocasión de probar el favor que me dispensaba la corta tripulación del "Amphitrite"; y es que habiendo caído enfermo el capitán Manuel, tomado de una fiebre muy fuerte, el buque quedó sin comando, y todos mis camaradas convinieron en que yo fuera el que reemplazara al capitán. Si bien soy versado en cosas de marina, debo confesar que me avergonzó la proposición, y no acepté sino el que se nombrara en mi lugar a Ceccaddu, el valeroso sardo cuya pericia náutica todos conocemos. Sin embargo me alegró ver la deferencia que esos hombres de mar tienen para con un *endiablado* muchacho.

Septiembre 17.—Hoy he lamentado no haber tomado el comando del "Amphitrite" que se me ofreciera ayer. Como a las 12 m., en el horizonte, a nuestro frente, apareció una mancha blanca, que dirigiéndose en dirección contraria a la que llevábamos, se hacía cada vez más grande. Era un bergantín que batía bandera inglesa. Hacía un mes que no veíamos sino costas tan lejanas, que apenas se dibujaban azuladas; no sé porqué, nadie quería nombrármelas. Al ver la dirección que llevaba el buque aquél, pensé que se dirigiera a mi tierra, y eso me llenó de tristeza.

Si yo hubiera sido capitán del "Amphitrite", hubiérale se-

guido; ¡tengo tantos deseos de verte, madre mía! Nos saludamos, y yo me volví al camarote a contemplar el retrato de mis padres. Porque, aunque mi partida de Granville fué una sorpresa para mí, no me he contentado con la maleta de la ropa y accesorios; he desprendido de la pared de mi habitación, el retrato que ahora tengo cosido al salvavidas que cuelga a la izquierda de mi cama. He agregado para hacerle marco, varias conchillas que antes de abandonar Granville recogí de la playa, para llevar algo de mi ciudad, que amo tanto. Pero temo que el mar vuelva a arrebatármelas, para volverlas a sepultar con algazara, en la suave arena de alguna costa.

Septiembre 19.—Las palmas de mis manos comienzan a cubrirse de callosidades, y eso me da un poco de orgullo. Hasta he cambiado mis camisas de fina batista, por las de José, con gran alegría de éste.

Septiembre 20.—Hoy he tenido un pequeño disgusto con mi amigo José y con Pedro, un anciano muy callado pero simpático, que nos sirve de cocinero. Estaba yo a babor, entreteníendome en combinar nudos y ataduras que Ceccaddu habíame enseñado, cuando oí claramente discutir a aquéllos sobre defecuencias que Pedro hacía entre los de la tripulación. Exaltado José, y sin conseguir dominarse, fuése contra el viejo con intención de golpearlo. Ver esto y saltar sobre el muchacho, fué lo que hice en el breve espacio de un segundo. Afirmé su cuerpo entre mis brazos, y rendíle a mis pies indefenso.

Cuando Pedro se hubo retirado, dejé libre a José, que muy avergonzado, se fué en dirección contraria con la cabeza baja. Cuando lo hube notado más calmo, lo llamé y le dije que debía pedir a Pedro lo perdonara, lo que hizo sin vacilar, y antes que se apartaran, pedí al cocinero que no hiciera distingos entre los tripulantes del "Amphitrite", lo que me prometió. José, sonriente, me dirigió una mirada de agradecimiento.

Septiembre 22.—El día de hoy ha sido uno de los más felices de mi viaje; hemos desembarcado en una ciudad extraña, habitada por gente de color. Pero sucedióme un hecho que me ha dejado intrigado. Bajé a tierra con el capitán Manuel, ya mejorado, después de haberlo hecho los demás tripulantes, menos Ceccaddu, que ocupó la guardia. Llevaba yo dos cartas, una dirigida a mi madre, y otra a Julio Dusart, el hijo mayor del capitán Manuel. Este iba, al parecer, muy preocupado, y en la calle del correo, a donde nos dirigíamos, arrancómelas, casi diría, de las manos; pero al leer el sobre, donde aparecía el nombre de su hijo, se detuvo, y me miró un instante, pidiéndome le permitiera leer el contenido.

Leyó, entre otras cosas, la descripción que del viaje hacía yo a Julio, los saludos a los suyos, y las últimas líneas de mi carta que decían: "Julio, amigo mío, si en alguna forma me es posible, haré que llegue a tus manos una copia en madera que del "Amphitrite" hice yo en mis momentos de ocio; en mirándolo, te acordarás de tu amigo, que te desea no llegues a ser tan infeliz como él." El recuerdo de su hijo, o no sé qué, hizo empañar de lágrimas los ojos del capitán bretón, que cerró la carta, y después de un gesto decisivo, la llevó junto a la otra, al correo, mientras yendo yo a su lado, no sabía qué pensar de sus extrañas actitudes.

Al salir de allí recorrimos la ciudad que yo hallé muy curiosa, y a los pocos momentos de andar, nos encontramos con nuestros camaradas. El capitán Manuel dejome con ellos, me entregó parte del dinero que mi madre le diera para mis gastos, y volvióse a bordo pensativo. Nosotros, después de recorrer cuanto negocio había, y después de haber yo cargado a mis compañeros de todo lo que ví que deseaban y no podían adquirir, volvimos al "Amphitrite" y, lo confieso avergonzado, algo excedidos en bebidas alcohólicas, lo que fué motivo de una seria recriminación del capitán Manuel a mis acompañantes.

Septiembre 29.—Después de varios días de permanencia en este puerto y de indecisión del comando sobre el rumbo a seguir, tomamos la ruta de la vuelta, según me manifestó el capitán. Esto me causa una alegría infinita, y aunque largos días de viaje me separan de Granville, desde ya entretengo las ho-

ras mirando el horizonte para ver aparecer la majestuosa torre blanca de mi casa.

Octubre 3.—Hoy estoy contento, pues paréceme que no soy hombre inútil. El capitán me ha pagado los haberes como tripulante del "Amphitrite"; tengo guardadas algunas monedas de mi primera ganancia, para ofrecerlas a tí, madre mía; las restantes la he repartido entre Pedro y José. El capitán Manuel se porta óptimamente conmigo, lo que me hace feliz, aunque quisiera yo que él compartiera sus atenciones también con mis camaradas.

Pero hoy, de nuevo, vuelve a intrigarme con seis secas palabras que me dijo a solas: "Tengo que participarle cosas graves, Gustavo". En el momento en que acababa de pronunciarlas, tocaban para el almuerzo, y aquí interrumpimos nuestro coloquio. He comido meditando sobre esas palabras, relacionando hechos y recuerdos, y nada saco en limpio, de tales palabras que encierran, para mí, un grave enigma. El capitán parece estar muy preocupado.

Octubre 4.—

Octubre 11.—No sé si debiera seguir este diario, o acabar con él y con su autor. Cinco días de una fiebre que alarmó a la tripulación entera y que por desdicha mía, no ha querido terminar con mi desgraciada existencia. ¡Qué amargo ese día en que el capitán Manuel me revelara tan terribles cosas! ¡Pero no tengo fuerzas para describirlas; lo haré después!

Octubre 15.—No debiera yo llevar al papel cosas tan increíbles; pero una fuerza desconocida me impule a hacerlo.

¡Pobre de mí! Creo haber visto esta mañana algunas canas entre mis cabellos, y ellas no son de mis 18 años.

"Gustavo, coraje; soporte usted esto que voy a revelarle".

¡Qué palabras las del capitán! “La señora de Bellerme, no es madre de usted”, díjome; “es una tutora, y el señor de Pont-Audemer, quiere ser el señor del castillo”. Y así diciendo, me entregó un papel escrito con caracteres indecisos y firmado “Señora de Bellerme”. “Capitán Manuel”, decía, “procure hacer desaparecer cualquier señal del joven; es necesario que yo me deshaga de él, y esto, según me dice de Pont-Audemer, no debe serle muy difícil a un marino como usted”. Yo no leí más; mis facciones deben haberse alterado grandemente por el sobresalto que alcancé a notar en mi salvador; pero de allí a seis días, no recordé nada más; una fiebre benéfica impidió que mi corazón reventara. Ahora recuerdo bien la actitud del capitán, allá, en la ciudad aquella donde debía dejarme, vivo o muerto...

Hallo que una amargura grande se agianta en mí, día a día, y encuentro que nuestro “Amphitrite” va más a prisa de lo que yo quisiera. El capitán Manuel, triste y cavuelto en su levitón verdoso, viene a verme muy a menudo, y aunque quiere sacarme del camarote, no lo consigue.—Déjeme usted estar aquí, capitán.—y mis palabras deben tener la misma fuerza que aquellas de los reos en capilla, porque insiste débilmente, adivinando en mi simulada sonrisa toda la grave preocupación que me destruye. Mis ojos ya no tienen lágrimas. Señora de Bellerme, para mí sigues siendo la madre adorada y ruego siempre por tu salud. Qué quieres: el corazón sigue siendo mentiroso.

Noviembre 3.—Tiemblo al solo pensar que 2 o 3 días nos separan de Granville. Mañana tocaremos un pequeño puerto a 40 horas de mi pequeña ciudad, y quizá pasado mañana te abraze y te obsequie con una solanácea todavía en flor, que cultivé a bordo, amorosamente.

Noviembre 4.—Llegamos a puerto hoy a las 8 a. m. y el capitán se enteró de algo que se apresuró a comunicarme. Algunos diarios de Londres dan una noticia sensacional... “... Parece que la policía francesa, dió con el paradero del tristemente célebre Lawton, que hace 16 años, siendo director

de los FF. CC. de las Colonias, falsificó numerosas acciones por valor de doscientos mil francos. Algunos aseguran que se hace pasar por el vizeconde de Pont-Audemer, y se dice descendiente de un famoso girondino de Evreux”.

Esta sucesión de hechos, destruyen mi organismo; horribles pensamientos, mezclados a una esperanza, me torturan atrozmente, como si un enorme pitón, rodeando mi cuerpo, se ensañara oprimiéndole con fuerza.

Noviembre 5.—A las 12 m. En medio de esta angustia creciente, y antes que me sorprenda la vista de la costa normanda, doy por terminado mi diario de viaje con este curioso hecho que —¿debo decirlo?—halaga mi amor propio, aunque opino que cualquiera en el lugar de Gustavo, hubiera procedido en idéntica forma. Serían las 8 de la mañana de hoy; mientras los demás estaban ocupados a varios pasatiempos, José se hallaba sentado en la borda de popa, a mi lado, y yo tenía en las manos la rueda del timón. La conversación giraba sobre nuestro próximo arribo. Este muchacho me encantaba por su simplicidad; era la primera vez, desde su reyerta con Pedro, de quien era ahora el mejor amigo, que me hablaba con expansión y entusiasmo. Díjome que su pensamiento estaba allá, en su pueblo, en donde tenía su corta familia. Nunca pensé que en una persona rústica y al parecer indiferente, se pudiera esconder un corazón dulce y delicado como...—sí, lo digo—como el que cree tener Gustavo Bellerme. A un punto de la narración ensimismado por bellos recuerdos, el recuerdo de su madre y de su pequeña hermanita, perdió un segundo el equilibrio y fué de espaldas al mar. Y yo tras él, con un ímpetu que no alcanzo a explicarme. José salió a flote y se sorprendió al ver mi gesto de salvador, porque él sabía que yo no ignoraba su habilidad como nadador. En esto el “Amphitrite”, sin gobierno, daba una larga curva, lo que llamó la atención de nuestros camaradas, los cuales no habían advertido la escena.

Cuando nos hubieron visto braceando sobre las oscuras aguas, acudieron con los primeros salvavidas que hallaron, haciendo maniobrar la nave en forma de acercarse a nuestro lado. Cada uno de nosotros asió un salvavidas, y nos pusimos de nuevo a bordo.

Allí pude ver que el salvavidas que yo agarrara en el agua momentos antes, era el que figuraba en mi camarote, el de mi propiedad, y con gran contento ví que los retratos estaban, aunque mojados, intactos.

Después la escena fué graciosa; el capitán Manuel, en presencia de los demás tripulantes del velero, díjome en alta voz: “Sois el mejor marino del “Hirondelle”—del “Amphitrite”— repliqué yo, y le mostré la inscripción que llevaba el salvavidas. El se sonrió, y tomando este último, quiso condecorarme, colocándolo sobre mis hombros, a manera de coliar. Horas antes de verte... un recuerdo para tí, madre mía.

“La Voz de Normandía”, noviembre 6.—Algunos campesinos de los contornos de Quillebeuf, han hallado tendido en un campo de los contornos, el cadáver de un hombre bien parecido y vestido con distinción. Presenta una herida de bala en la sien derecha, y a su lado, la guardia avisada por aquéllos, recogió un revólver y un papel con el siguiente escrito: “Señora de Bellerme: Una existencia tan vergonzosa como la que llevo, ya no puede prolongarse por más tiempo. Tengo a mis talones, a los perseguidores del canalla Lawton, que no es otro que el que suscribe. Hace 16 años, entonces usted reciente viuda del señor de Bellerme, me había confiado el cuidado de dos niños de corta edad; uno era el hijo adoptivo del señor de Bellerme, y el otro su hijo de usted. Su largo viaje a las colonias, donde tenía que arreglar varios asuntos que su esposo había dejado pendientes, facilitó mis odiosos planes. De los dos niños que estaban al cuidado de mi fiel María, uno falleció; usted hasta ahora estuvo en la creencia de que fuera su Felipe; le confieso que es el que vive, Gustavo, que usted siempre creyó el hijo adoptivo de Bellerme. Usted recordará la alegría del muchacho al hablar del parecido que notaba entre su retrato y el de su madre. El cambio de nombres a las criaturas, en complicidad con la abominable María, su ama de llaves, se imponía para el fácil comienzo del plan que yo perseguía. Si la señora de Bellerme hubiera sabido que Gustavo era Felipe, no hubiera consentido que el capitán Manuel se encargara de llevarlo muy lejos, en ese mismo “Hirondelle” que por *sport* dirigiera el señor de Pont-Audemer, antiguo marino de la armada francesa, que no

pudo evitar la *desgracia* que ocurriera a su amigo de Bellerme, en ese viaje de *placer*. Queda roto, señora de Bellerme, nuestro compromiso de matrimonio. Perdone usted a este desgraciado Lawton, a este malvado e infame... Vizeconde de Pont-Audemer.’’

Los datos fisonómicos que de Lawton se tienen, y la carta que antecede, hacen suponer que el cadáver hallado cerca de Quillebeuf, sea el del sujeto que durante 16 años ha buscado infructuosamente la justicia. Cuando un alma perversa como la de Lawton, reconoce la derrota que le infringe la justicia, que siempre llega, hace entonces alarde de esos vestigios de bien que, al fin, poseen hasta los corazones más abyectos. Ya por atenuar el castigo que aguarda, ya porque el bien se halla siempre sobre todo, la conciencia de esa alma torcida, se desahoga en una explosión que parece decir: también mi corazón encierra un poco de bien. Y una fuerza misteriosa obligala a manifestarlo. Solo así se concibe que Lawton haya confesado alguno de sus delitos, antes de poner fin a su existencia.’’

“La Voz de Normandía”, noviembre 7.—“Un drama en Granville”.—“Momentos antes de entrar en prensa esta edición, llega de esa sonriente ciudad normanda, la noticia de un suceso sensacional que impresiona vivamente a sus habitantes, y que parece relacionarse con el suicidio de Lawton, de que dimos cuenta ayer.

Anoche, a las 11, los habitantes del castillo conocido por *de la torre blanca*, de propiedad de los Bellerme, han hallado en una de las habitaciones que permanecía cerrada desde hacía dos meses, el cadáver de la señora de Bellerme y el de su hijo Gustavo, a su lado.

La mano derecha de la dama, conservaba apretada fuertemente una botellita conteniendo restos de un líquido verdoso, con el que se supone se haya dado muerte; la mano izquierda apretaba rígida un trozo de periódico.

El cadáver del joven, aún caliente, tenía en una de sus manos un recorte de nuestra edición de ayer; dicho recorte presentaba un canto roto, cuya rotura coincidía exactamente con el trozo que fué hallado en una mano de la señora de Bellerme. Todo hace suponer que el joven Bellerme, penetrando en la

habitación, arrancara en ese momento trágico, el diario que conservaba el cadáver frío de su señora madre, y que impuesto de su contenido, haya sufrido el síncope que acabó con su existencia. A un costado de los cadáveres fué hallada una maceta con una plantita de flores blancas, cuya procedencia se ignora. La vieja ama de llaves, que podría hacer luz sobre el asunto, no ha podido declarar por sufrir frecuentes ataques que hacen temer por su razón. En nuestra edición de mañana, daremos a los lectores noticias más detalladas de este suceso, tan sombrío como los negros basaltos de los ventisqueros de Granville, y tan violento como el rugiente mar que castiga incesantemente sus costas.”

Luis Morfco.

Mayo 9—1914.
